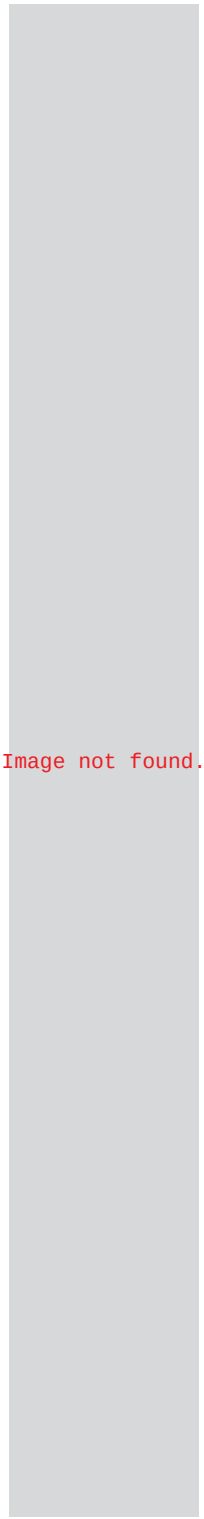
HALCÓN

Don Laureano



Capítulo 1

Mi jefe Marcos Herrero siempre dice que Punta Alta es una de las ciudades de mejor calidad de vida. Y tal vez sea por eso que tenga los sentidos bien desarrollados. Qué se yo. Por algo siempre me llaman cada vez que hay uno de esos crímenes con olor a *Pedigree* vencido. ¡*Va*!, lo que escucho hace ya dos años. Que la policía está metida, que la red de trata, que los pibes de la villa con el narcotráfico, que el consumo de paco, que los periodistas que dicen media verdad. Nunca escucho que se haga algo que llaman justicia. Nunca.

Cada vez que mi *trompa* me viene a buscar y me sube a la caja azul del micro blanco y rojo, ya sé que me llevan a laburar de lo que no laburan ni esos fiscales, ni todos los peritos, ni mucho menos los abogados. O por lo menos eso dice Marquitos cuando se enoja en voz alta. Supongo que se refiere a esos tipos de azul con armas en los bolsillos.

Me acuerdo cuando el año pasado le resolví el drama de Micaela Braga, una piba que fue asesinada, acá en Bahía. Una cagada trabajar de esto, la verdad. Prefiero estar entrenando o correr tras la pelotita. Pero bueno, resulta que ahora escucho hablar a Marquitos y parece que nos llevan para el Partido de San Martín a rastrear el cuerpo de esta chica que está en todos esos rectángulos brillosos de colores: Araceli Fulles.

Después de 675 kilómetros, el barrio José León Suárez parece humilde, sencillo. Nada que ver con mi Punta Alta querida, que ya extraño sus fríos vientos. Acá hay olor a cumbia en el barro (mucho), a tiros a sangre fría y, en algunas esquinas, a restos de eso que le dicen falopa o droga, que suele causarme dolores de cabeza.

En el rastrillaje, y ya con los olores de la chica en mis fosas nasales, voy por todo el barrio de casas bajas hasta chocarme con una plaza. Los pibes que están sentados en aquel banco con la camiseta de Chacarita, me miran con ojos de tristeza y con un poco de desconcierto. Acá, en otro banco de cemento, hay olor a ella. La joven, amante de River y del Indio Solari, estuvo aquí. Le ladro al tipo de azul y me mira sorprendido. Sigo buscando rastros; veo restos de tucas, botellas de *Coca-Cola* cortadas a la mitad y vacías, entre millones de hojas secas. Pero no logro encontrar el cuerpo.

Me llevan por todas las fachadas de las casas del barrio pero nada. Entro a la casa de un tal Darío y nada se asemeja al olor a Araceli. Nos vamos al hotel de Av. Márquez un poco desilusionados porque se viene la oscuridad.

Al otro día me llevan a La Carcova, donde viven cerca de 12.000 cartoneros, y nada. Me llevan a La Tranquila, La Rana, La Perrera, pero

nada. Tanta búsqueda sin sentido me cansa más las patas. Necesito *Pe-di-gree.*

Al día siguiente me vuelven a hacer rastrillar casi todo el barrio. Mis piernas no dan más. Pero sigo. Vuelvo a pasar por aquella plaza, después agarramos Alfonsina Storni. “Ya pasé por acá”, le ladro al de azul que me pega una sacudida de correa.

De pronto, empiezo a sentir algo raro. Algo familiar. Y entro a correr hacia el origen. El policía me sigue, hasta que llego a la casa de ese Darío y la marco. Porque tiene el mismo aroma de hace dos días pero con Araceli adentro. Estoy seguro. Me abren la puerta mientras una vecina reclama algo. No me importa. Entro corriendo al fondo. Y vuelvo a oler el patio. Busco como loco y muevo la cola desesperado, como si tuviera hambre. Y ahí veo el cuerpo, solo que está cubierto. Los de azul no se dan cuenta así que empiezo a mover con mis manos el escombro hasta que ellos me repliquen.

Abajo hay un poco de cal y después, el cuerpo de ella. Yo ladro de tristeza por encontrar una pierna y el resto del cuerpo, pero con algo de satisfacción por haber terminado todo esto. Me sacan afuera y me dan una oreja de chancho como premio. Escucho que hablan. El de azul le dice que ese tal Darío desapareció, que uno de los amigos, un tal Ávalos es hermano de uno de los de azul. Dicen algo de un camión de materiales de construcción. Hablan de precintos y extrangulación. Hay llantos de una señora. Me filman a mí y a mi jefe con esas cámaras grandotas, como si fuera un *SuperPerro*.

Otra vez vuelvo a oír Justicia. ¿Qué será eso que tanto nombran? ¿Sabré yo, un simple ovejero belga, sobre justicia más que ellos? Qué olor raro que hay en todo esto. Extraño mi Punta Alta querida.